

La integración económica y social de América Latina

Este coloquio sobre la integración económica y social de América Latina se realizó en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Su intención fue propiciar un diálogo entre especialistas que se alejara, al mismo tiempo, de las fáciles apologías y del tradicional catálogo de quejas, y examinara estos problemas con el mayor rigor y espíritu científico.

En las conferencias participaron la Lic. Ifigenia M. de Navarrete, el profesor Rodolfo Stavenhagen, el Dr. Rodolfo Puigross, el Lic. Horacio Flores de la Peña y el Dr. Miguel Wionscek. El punto de partida para las discusiones fue el documento que elaboraron los economistas José Antonio Mayobre, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santamaría y Raúl Prebisch, como respuesta a una carta que a principios del presente año les dirigió el Presidente de Chile Sr. Eduardo Frei.

El coloquio se cerró con una mesa redonda en que participaron la Lic. Ifigenia M. de Navarrete, el Lic. Alonso Aguilar, el Dr. Pablo González Casanova y el Dr. Miguel Wionscek. La *Revista de la Universidad de México* presenta a sus lectores la versión grabada de esa mesa redonda, precedida por un resumen de los principales argumentos que previamente se habían expuesto en las conferencias.

Resumen de las conferencias

La integración de América Latina implica una estrategia precisa para resolver los problemas del desarrollo económico y social del Continente; pero ese proyecto se enfrenta a una serie de obstáculos de difícil solución.

En el aspecto social:

1. La mayoría de nuestros países no han logrado la integración nacional; ésta se presenta en primer término como un profundo desequilibrio entre las diversas zonas y como un "pluralismo" de la comunidad. En realidad existe una suerte de "colonialismo interno", que significa el dominio de un grupo social sobre otro.

2. El desequilibrio tiene su origen en razones económicas: frente a una baja productividad de la agricultura hay polos con un relativo desarrollo industrial y técnico; el primer sector tiende a estancarse, los segundos a desarrollarse más. Por otra parte, en América Latina no existe una burguesía dinámica y emprendedora como la europea del siglo pasado; en primer lugar, porque no está en condiciones de realizar la revolución tecnológica, sino que ha de importarla, estableciéndose así una relación de dependencia con el exterior.

3. Desde el punto de vista social y económico, la burguesía latinoamericana no ha demostrado el dinamismo suficiente para resolver con eficacia las necesidades de una población en crecimiento explosivo, y con expectativas estimuladas por los medios de información y comunicación de masas. Sin embargo, en los países en que existe un sector público de cierta importancia, la llamada "burguesía burocrática" puede ser un factor dinámico de desarrollo, en la medida que su destino está ligado a la expansión del sector estatal.

En el aspecto político e ideológico:

1. La principal debilidad del documento de Mayobre, Herrera, Sanz y Prebisch es que no considera suficientemente las fuerzas potenciales de cambio social en Latinoamérica, y mucho menos nos ofrece una estrategia viable para llevar a cabo las reformas necesarias.

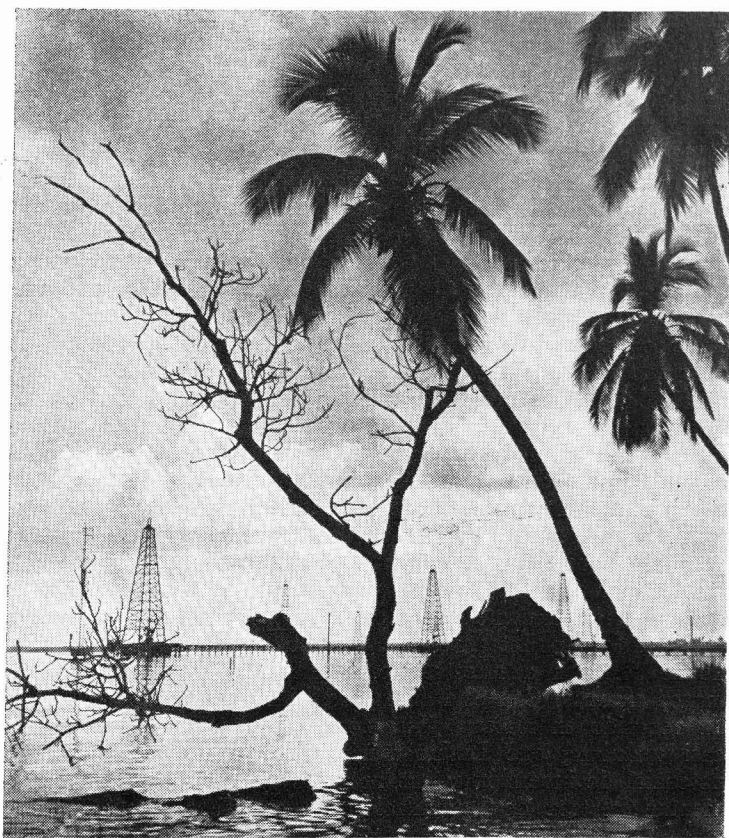
2. Aunque la integración está propuesta como una política de los círculos gobernantes, el documento indica que una verdadera integración no puede llevarse a cabo sin participación popular y sin gobiernos democráticos.

3. Desde el punto de vista ideológico y político, la propuesta permanece dentro de los actuales marcos ideológicos, políticos y económicos. Sin embargo, se reconoce que frente a la propuesta no ha sido formulada una ideología y una estrategia política bien articuladas en vista de la democratización, desarrollo y eventual integración de América Latina.

En el aspecto económico:

1. Los obstáculos mayores se encuentran en las características económicas de la región: diferentes políticas respecto al capital privado extranjero; falta de complementaridad de nuestras economías; peligro de que las zonas de mayor desarrollo crezcan a costa de las más atrasadas; falta de un criterio común en materia de política fiscal, arancelaria, monetaria, financiera, etcétera; diferentes tasas de inflación en los países del "área"; dificultades de un acuerdo global en el aspecto de la planificación; diferencias marcadas entre las políticas agrarias de los países del Continente y falta de organización para el aumento de la productividad agrícola.

2. Las tesis de la propuesta integracionista caen en el círculo vicioso de la pobreza: si no hay acumulación del capital, no hay capacidad de inversión, no hay capacidad de producción, no hay capacidad de ingreso, no hay capacidad de ahorro, no hay capacidad de acumulación.



...el dinamismo suficiente para resolver con eficacia...

3. No es fácil esperar que los países miembros del Mercado Común Latinoamericano que logren una balanza de pagos favorables, acepten trasladar sus ganancias a los países o zonas que presenten un déficit. Además existe el problema del financiamiento de los sectores prioritarios de la industrialización latinoamericana.

4. Respecto al capital extranjero, parece difícil concertar al nivel continental medidas limitativas y de protección a los capitales de la zona. En tanto no se tenga una posición de fuerza, parece difícil negociar en condiciones aceptables la cooperación del capital privado externo.

5. También parece imprescindible un cambio en la mentalidad de los dirigentes de los grandes consorcios internacionales, que generalmente actúan como si fuesen unidades soberanas. Igual-

mente sería necesario un cambio de orientación en la política del gobierno de los Estados Unidos. Hasta hoy, la ayuda del gobierno norteamericano se ha basado en una política de "premios" y "castigos". Su ayuda ha sido selectiva en términos de clientela. Pero el problema es también de los gobiernos latinoamericanos, que frecuentemente consideran a los programas de asistencia sólo como una "gran oportunidad de negocios".

Los mayores obstáculos a la integración económica de América Latina de carácter político.

Por eso, es necesario que Latinoamérica elabore una estrategia que fortalezca su independencia, y que aborde los problemas de la transformación de las estructuras y del desarrollo económico acelerado.

(Resúmenes y presentación de Víctor Flores Olea)

Mesa redonda

ALONSO AGUILAR M.

Parece haber un acuerdo general respecto a la utilidad de la integración económica latinoamericana. Numerosas organizaciones y personas aceptan que la integración puede ser positiva como vehículo de aceleración del desarrollo, y como medio defensivo frente a la agresiva política comercial de los países industriales; no es un secreto que en las condiciones actuales, los países latinoamericanos sacan la peor parte en el intercambio con el exterior.

Se acepta asimismo que la integración no puede ni debe consistir exclusivamente en un régimen de concesiones arancelarias recíprocas sino que ha de comprender otras medidas fundamentales: desde acuerdos complementarios de alcance sectorial o regional hasta medidas que, de una manera u otra, influyan sobre la tasa de acumulación de capital y sobre la estructura de las inversiones en nuestros países, y a través de ese mecanismo sobre el fenómeno total del desarrollo. Sin embargo, las discrepancias se agudizan al analizar los obstáculos que condicionan el proceso de integración, la viabilidad de éste y sus perspectivas a corto y largo plazo, así como la relación que tiene con otros factores que condicionan el proceso de desarrollo.

Quisiera referirme, más que estrictamente al punto de vista que los cuatro economistas¹ han defendido en su propuesta a los presidentes latinoamericanos, a las ideas de los partidarios —digamos incondicionales— de la integración. A mi juicio, defensa de la integración económica adolece de los siguientes defectos:

Primero: Le atribuyen una importancia desmedida. La integración puede ser muy útil; pero es engañoso pensar que en ella encontraremos la solución de los problemas fundamentales del desarrollo latinoamericano. El énfasis creciente que se pone en la integración es un resultado de la falta de condiciones y de políticas concretas en Latinoamérica para considerar de frente y con franqueza los problemas que plantea el proceso de desarrollo.

En 1961, a raíz de la conferencia de Punta del Este, y como resultado de la presión que ejercía sobre el Continente la Revolución Cubana, se aceptaba en amplios círculos de manera un poco retórica pero definida que lo esencial era transformar a fondo la estructura económica de América Latina. Hoy se admite que lo esencial es la integración y los cambios de fondo se dejan de lado, o se piensa que no es oportuno referirse a ellos. Si se revisan, por ejemplo, los materiales que elaboró la CEPAL para su undécimo período de sesiones, se encontrará que ese problema fundamental no mereció siquiera un breve examen, en tanto que las cuestiones secundarias —muchas de ellas lugares comunes que en nada enriquecen la comprensión de los problemas decisivos de nuestros países— merecieron voluminosos documentos que incluso resulta tedioso leer y examinar. El tema de las reformas estructurales, por desgracia, escapó también casi del todo a los doctos economistas latinoamericanos que han propuesto la integración.

Segundo: Los integracionistas están desplazando la búsqueda de la solución a nuestros problemas del marco interno al marco externo. Con este criterio, es fácil que se repita lo que ha ocurrido en materia financiera. Hoy se admite, en forma casi unánime, que Latinoamérica debiera utilizar mejor su potencial de inversión y sus recursos productivos, para incrementar la tasa de acumulación de capital e imprimirle un

nuevo y más vigoroso ritmo al proceso de desarrollo. Pero, ¿qué pasa en la realidad? Que en vez de movilizar al máximo y aprovechar mejor nuestros recursos, recurrimos a la inflación o dependemos más de los financiamientos extranjeros. En unos países el desarrollo lo pagan los pobres a través de la inflación; en otros lo financian crecientemente los extranjeros a través de sus inversiones y empréstitos, aunque a la postre somos nosotros quienes lo pagamos con creces por virtud del impacto desfavorable que el movimiento internacional de capitales tiene sobre nuestras economías. Pero lo grave es que en lugar de que los recursos financieros se obtengan de donde los hay (de los sectores privilegiados que dilapidan nuestras riquezas) lo que se hace es empobrecer más a nuestros pueblos, sin reparar en que el precio que se paga por la dependencia extranjera creciente es muy elevado y no fácil de cubrir. Algo singular es lo que ocurre, en mi opinión, cuando se pone demasiado énfasis en la integración y se olvida atacar los problemas internos estructurales.

Tercero: Hay una tendencia, a veces manifiesta y clara, otras sutil y velada, a pensar que la integración ha de lograrse dentro del marco de una economía de mercado. Se afirma que pese a las limitaciones actuales del comercio intrazonal, éste puede ser muy importante en los próximos 10, 20 o 30 años. Sin embargo, se parte de la afirmación dogmática de que el comercio latinoamericano debe desarrollarse en una economía de mercado anacrónica, incapaz de asegurar un mínimo de racionalidad en el aprovechamiento de los recursos productivos de los pueblos pobres; y se supone erróneamente que un activo y ágil, pero a la vez utópico empresario de tipo shumpeteriano, jugará el papel decisivo en el proceso de nuestro crecimiento económico. Esto es grave; cuando en 1963 no se aceptó a Cuba en el seno de la ALALC, el argumento que se esgrimió, endeble y vergonzante, fue que Cuba no era una economía de mercado. ¿Quiere decir entonces que sólo se concibe la integración de América Latina en el marco de una economía de mercado, que paradójicamente se halla en proceso de desintegración, y que no es capaz de asegurar hoy a ningún pueblo lo que hizo posible en Inglaterra hace 200 años, después de la revolución industrial? ¿Es que Cuba no puede participar en el proceso de la integración porque no tiene empresarios capitalistas que impriman el ritmo y determinen anárquicamente el rumbo al desarrollo de su economía? Primero en Punta del Este, se declara incompatible a la Revolución Cubana con el marco político —la supuesta democracia representativa— de nuestros países; después se declara incompatible a la economía cubana con el proceso de la integración. La señora Joan Robinson, que estuvo recientemente en México, declaró en una entrevista que: "la integración en una economía de mercado y sin planificación no sólo es imposible sino que puede ser perjudicial". A mi juicio, tiene toda la razón, pues si incluso es utópica una integración económica nacional sin planificación, lo es aún más la integración latinoamericana.

Cuarto: Hay otro problema que debe ser examinado. Algunos sostienen que bastaría cierto tipo de programación sectorial, referido a unas cuantas industrias claves, para que se aprovecharan mejor los recursos productivos del continente. Esto es muy difícil. Si vamos a dejar que las leyes del mercado sigan estableciendo básicamente la forma en que nuestros recursos han de utilizarse ¿cómo aceptar que el desarrollo más o menos armónico de cinco o seis ramas industriales será suficiente para avanzar en el proceso de la integración? En sí mismos estos acuerdos no son negativos, pero de ahí a pensar

¹ José Antonio Mayobre, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santamaría y Raúl Prebisch.



...una burguesía timorata dependiente...



...era indispensable hacer un mínimo de justicia social...

que son capaces de racionalizar lo que, en esencia, es anárquico, hay una gran distancia. Aquí hay un problema de fondo: la programación se nos presenta a menudo como una especie de fórmula mágica para resolver los problemas del desarrollo, pero se soslayan y dejan de lado la cuestión de los cambios profundos de estructura y la interacción dinámica de tales cambios y la planificación; se renuncia a planificar en condiciones mínimamente satisfactorias que puedan influir de una manera decisiva en el proceso de transformación de nuestras economías; por otra parte, se acepta una programación inocua y superficial, caracterizada con frecuencia como una "técnica neutra" del tipo de la propuesta por la Alianza para el Progreso, y que en rigor no es capaz de modificar el cuadro desfavorable que determina el subdesarrollo latinoamericano.

Quinto: Otro punto ligado íntimamente a los anteriores es el que se refiere a la capacidad de la burguesía latinoamericana. Sus defensores sostienen que es el principal agente del desarrollo de nuestros países, pero al pensar así en realidad se olvidan de las causas más profundas de nuestra dependencia y del subdesarrollo. La burguesía de América Latina no tiene el brío de la que la antecedió en otro momento histórico. Está formada por latifundistas más o menos rutinarios, por funcionarios públicos burocratizados y deshonestos y por industriales que por un plato de lentejas venden las empresas que se han montado en 30 o 40 años de esfuerzos, al primer inversionista extranjero que les propone un buen negocio y se las compra. Esta es la burguesía latinoamericana, la que no se conforma con las enormes tasas de ganancia de que disfruta en nuestros países, la que no es capaz de ver en perspectiva uno solo de los problemas del desarrollo latinoamericano; una burguesía, timorata, dependiente, llena de contradicciones, que puede tener aspectos positivos aislados, pero que en conjunto es impotente como agente histórico del cambio social.

Sexto: Otro hecho interesante es la idea un poco ingenua que se tiene respecto a que el crecimiento del mercado se producirá simplemente porque en lugar de 40 millones de mexicanos o 75 millones de brasileños seamos a virtud de la integración 230 millones de latinoamericanos. Falta aquí un análisis teórico riguroso de lo que es el proceso real de formación del mercado; la India tiene 450 millones de habitantes, y no por eso ha resuelto el problema de su desarrollo, como no lo resolverá América Latina si no revisa a fondo toda su estrategia y su política frente a los problemas del subdesarrollo. Los "integracionistas" parecen suponer que el mercado interior se forma y expande en un proceso horizontal y extensivo; pero el análisis objetivo del proceso de formación del mercado no permite sostener tal cosa. Pienso que tenemos que ver cuáles son los factores fundamentales que hoy pueden pesar decisivamente en ese proceso, y sospecho que los elementos propios de una economía capitalista no podrán jugar un papel verdaderamente positivo.

Séptimo: Para terminar, habría que decir que el avance de la integración no se considera a menudo como un resorte vigoroso y efectivo para modificar el cuadro social en que nuestros países se desenvuelven, sino al contrario, como un expediente para preservarlo. Esto no se dice claramente, pero a quien quiera que lea entre líneas le será fácil encontrar que ésta es una de las ideas que privan en el marco conceptual de los integracionistas. Por ejemplo, el último párrafo del documento de los cuatro economistas mencionados, escrito en un tono retórico y falsamente dramático, dice: "Todo esto es lo que hay que hacer ahora y hacerlo sin tardanza, con gran visión y audacia constructiva. Porque es muy grande lo que hay en juego. No es sólo un problema de mercados y de competencia. Es la eficacia dinámica del sistema en que vivimos y la sobrevivencia de nuestros propios valores." Eso de la eficacia dinámica de nuestro sistema parece en verdad una ironía en los países subdesarrollados. Por otra parte ¿cuáles valores son los comprometidos? No se nos dice, pero es obvia la defensa de un capitalismo dependiente y subordinado que sólo sirve de marco a la explotación de nuestros pueblos, la idea de la democracia representativa que postula la OEA, el marco de una integración latinoamericana en la que Cuba no puede participar porque no tiene empresa privada y no es una economía capitalista. Lo anterior exhibe claramente el marco mental dentro del cual se examinan los problemas. Claro está, no se puede decir que América Latina pasará de la noche a la mañana al mejor de los mundos posibles; sin embargo, seguramente muchos de nosotros pensamos que el socialismo puede crear las condiciones históricas adecuadas para un avance indiscutible. Y en todo caso, la solución de nuestros problemas no podrá lograrse preservando valores ta-

les como libertad de comercio y de cambios, y defendiendo la idea de una integración fundada en estos supuestos.

Todo esto me recuerda la carta que Bolívar escribió a Santander, después del fracaso del Congreso de Panamá en que se perseguía la integración política del continente. Bolívar afirmaba entonces que tenía la impresión de que "el Congreso había sido una mera representación teatral". El intento actual de integración económica recuerda a aquél, y creo que tampoco pasará de "una mera representación teatral" si nuestros países no se enfrentan con decisión a los problemas fundamentales de su desarrollo.

IFIGENIA M. DE NAVARRETE

La lectura del documento de los cuatro "planificadores" latinoamericanos: José Antonio Mayobre, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santa María y Raúl Prebisch no siempre es claro, si consideramos que debe leerse entre líneas, en virtud del ambiente en que estos señores se mueven. Es decir, debemos descubrir no tanto lo que dijeron como lo que quisieron decir, o, yendo más lejos, lo que nosotros creemos que debieron decir en relación con las condiciones del desarrollo económico común en Latinoamérica. Ellos fundan sus propuestas en tres factores básicos: 1) política monetaria y financiera común; 2) política comercial y 3) política regional de inversiones.

A mi juicio, el más importante es el primero (política monetaria y financiera, en realidad, política económica común de los países latinoamericanos); a través de este factor, se busca lograr en el área un desarrollo interno homogéneo y equilibrado, con el fin de robustecer las economías nacionales y hacerlas más aptas para la integración. En este punto considero que están implícitas medidas tales como una reforma agraria que permita la mayor productividad de la agricultura, el aprovechamiento máximo de los recursos naturales y humanos, y esto es imposible dentro del latifundismo o de los sistemas minifundistas como los que prevalecen todavía en una gran parte de América Latina, incluyendo nuestro país. La gran propiedad individual de la tierra no es productiva, como tampoco lo es la excesivamente pequeña. Las soluciones teóricas están a la vista; el problema, sin embargo, es político.

Otro punto es el de la política fiscal; se trata de que haya reformas fiscales para que los sistemas impositivos sean efectivamente progresivos. Uno de los problemas comunes a toda América Latina es que los ingresos de los capitalistas no están gravados en forma suficientemente progresiva, y a veces están subgravados, cuando no exentos. Y son precisamente los propietarios de capital los que detentan una parte muy importante del poder económico y del poder político de América Latina. Entonces, para resolver los problemas de financiar el desarrollo y moderar la excesiva concentración de la riqueza es necesaria una reforma fiscal que contribuya a distribuir equitativamente la riqueza y el ingreso y a reforzar la capacidad económica del Estado, agente que en nuestros países puede actuar como una fuerza verdaderamente progresista y dinámica.

También la técnica fiscal está básicamente de acuerdo en los sistemas para gravar progresivamente a los distintos tipos de ingresos; por ejemplo, para gravar la propiedad del capital se requiere terminar con las sociedades anónimas, con las acciones al portador que no juegan ninguna función social. Sin embargo, en los círculos financieros no se puede hablar de esto, porque inmediatamente afirman que se ocasionarán graves trastornos al país, que habrá fuga de capitales. Este argumento es falaz, un pretexto para no realizar las reformas, porque los capitales en su forma física de bienes de producción (fábricas, maquinaria, equipo) no pueden huir. Es cierto que en toda reforma fiscal hay un periodo de reajuste, un cambio hacia nuevas condiciones, que es precisamente lo que algunos quieren evitar; en nuestro ejemplo, es necesario terminar con las acciones al portador, para identificar a los propietarios de capitales y establecer un sistema tributario eficaz y progresista. Problemas como el anterior son comunes a toda Latinoamérica.

Otro problema, es el del papel de la intervención estatal en las actividades productivas básicas de la economía. Por ejemplo, en México se habla mucho, no de nacionalizar sino de mexicanizar la minería, lo cual es distinto. Mexicanizar, quiere decir quitar parcialmente la propiedad de las minas a los extranjeros, y transferirla a particulares mexicanos. Yo pregunto: ¿qué garantía hay de que la explotación de la minería, que es una industria básica, se hará de acuerdo con las necesidades de nuestro desarrollo y que no quedará supeditada al principio del máximo lucro? ¿Ese simple cambio de propiedad —de un grupo de capitalistas extranjeros a uno de

mexicanos posiblemente medroso y rapaz— garantiza que esos recursos se utilizarán más racionalmente? De ninguna manera; en consecuencia lo que necesitamos es la decisión política de que el Estado debe participar en la propiedad y control de todas aquellas actividades productivas básicas para el desarrollo económico del país. Esto no significa que dejemos al empresario privado sin actividades; al contrario, en una sociedad en proceso de rápido crecimiento hay mil posibilidades de producir bienes y servicios de toda índole. Los empresarios privados pueden encontrar un campo ventajoso para operar y contribuir al bienestar común. Pero el Estado tiene que decidirse a nacionalizar o a participar en el manejo de aquellos sectores que considere básicos para el desarrollo económico. En síntesis, cuando los "integracionistas" latinoamericanos nos hablan de políticas monetarias y financieras comunes, yo lo traduciría en políticas homogéneas internas que incluyan los cambios estructurales necesarios, aunque eso signifique grandes "ajustes", con el fin de lograr una tasa de desarrollo acelerado en el marco del tipo de sociedad latinoamericana que deseamos para el futuro.

Otra de las bases de la integración económica de América Latina que mencionan los "cuatro", se refiere a la política regional de inversiones. En este aspecto, creo que sería un adelanto que se encontraran ciertas áreas específicas de inversión donde no hubiera discrepancias, y en la que todos salieran beneficiados por la especialización de la producción en gran escala y la ampliación del mercado. La industria siderúrgica, la petroquímica, la industria de transportes, son áreas "viables" en ese sentido, y creo que se pueden aprovechar siempre y cuando los acuerdos se hagan de manera independiente, conjugando los intereses nacionales y no se dejen totalmente en manos de inversionistas privados, porque podrían "transferir" la propiedad a intereses "extrarregionales", sino se hicieran bajo el control de los gobiernos, los únicos que podrían asegurar un auténtico beneficio colectivo.

Sin embargo, lo más discutido ha sido el sector de la política comercial común, que ha dado lugar a conferencias internacionales, informes abultados y declaraciones ampulosas. Pienso que el comercio común podrá desarrollarse siempre que se cumplan los otros requisitos. Por desgracia, hasta ahora la política comercial común se está llevando a cabo a base de un procedimiento que crea numerosas fricciones (la discusión producto por producto de las posibles reducciones arancelarias). Así, la integración se hace muy lentamente, hay demasiado tiempo perdido. También en este capítulo es necesario revisar la política comercial como mecanismo para la integración; añadiré que el problema no es técnico (los expertos de la CEPAL se han puesto de acuerdo sobre el mecanismo más eficaz), sino también político, porque los países participantes tendrían que decidirse a perjudicar determinados intereses particulares, a cambio de obtener ventajas posteriores en otros renglones.

Sólo sobre estas bases, a las que convendría traducir del lenguaje diplomático de los "planificadores" latinoamericanos a líneas de acción común, podríamos vislumbrar una política económica de integración que tuviera verdaderas posibilidades de éxito.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

De la exposición inicial se deduce que hay dos posiciones frente a la integración: la de quienes piensan que es necesario cambiar las estructuras y la de quienes sostienen que es conveniente formular "modelos" integracionistas. Podría parecer que se trata de dos opiniones diferentes, y que cada uno está en su derecho de pensar lo que más le convenga. Por otra parte, coincido con los argumentos que aquí se han dado sobre las dificultades de la integración.

Sin embargo, creo que una forma interesante de examinar el problema, consiste en preguntarnos cuáles son las características ideológicas del documento elaborado por los cuatro economistas. Con ese fin, vale la pena hacer un poco de historia. A partir de 1950 se han hecho varias propuestas para América Latina.

1. Primero vino el famoso Punto Cuarto, en que se sostuvo que a base de asistencia técnica y de inversiones se podría desarrollar el Continente. Muchos que piensan como el que habla dijeron entonces que no era en esa forma como se iba a desarrollar Latinoamérica; pasaron algunos años, y resultó que efectivamente no se avanzaba por ese camino, incluso se hizo cada vez más alarmante la situación en países como Argentina, que presentaban tasas negativas de crecimiento. Después vino otra fórmula: la Alianza para el Progreso, y se afirmó que era necesario hacer algunas reformas pacíficas de